

# De lo que sucedió a dos ~~FRANJES~~ guixolenses con el famoso bandolero Perot Rocaguinarda

No serían pocas ni de escasa importancia las aventuras que podríamos relatar así por lo que se refiere a la vida como a los relevantes rasgos del que fué célebre bandolero Rocaguinarda, al que con el nombre de Roque Guinart se refiere el *Quijote* en el capítulo LX de su segunda parte. Cervantes con su maestría pone en boca de aquel famoso bandido las siguientes palabras:

«—Valeroso caballero, no os despecheis ni tengáis a siniestra fortuna esta en que os halláis; que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres... Nueva manera de vida le debe parecer al Señor Don Quijote la nuestra; nuevas aventuras, nuevos sucesos y todos peligrosos... Y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones. Yo, de mi natural, soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra que persevero en este estado a despecho y a pesar de lo que entiendo; y, como un abismo llama a otro, y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no solo las mías pero las ajenas tomo a mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él a puerto seguro...»

Perot Rocaguinarda — que así se llamaba el salteador de caminos — había nacido en Oristà, isla de Cerdeña, en 1582, del matrimonio Juan y Catalina y tuvo tres hermanos y tres hermanas. Su carácter moral y la historia de sus desventuras quedan trazados, según se ha dicho, en el ingenioso simul del inmortal Cervantes. Porque Rocaguinarda no fué un ladrón vulgar, y si alguna vez publicó carteles de reto fijándolos en las puertas de las iglesias o exigió gabelas a los principales casas de labranza, es innegable que en varias ocasiones las defendió con tesón. Otras veces, ante las protestas de sus compinches, tendió la mano a las personas de condición humilde, amparando a los cléricos y religiosos o siendo con ellos prudente y reflexivo, dados sus arraigados propósitos de enmienda. Un antiguo documento nos lo describe así:

*«Perot Rocaguinarda, el cèlebre bandoler, era alt i prim, escardalenc de cara, barba rossa... Tenía devall de la barba el senyal d'una ferida curada i duia arracades. Cobria el seu cap un barret de bona talla amb plomes de diversos colors, portaba gipó i ropilla de telilla de plata, mitges vermelles i sabata baixa i una xarpa amb tres pedrenyals...»*

\* \* \*

Contaba la orden benedictina a principios del siglo XVII, época a que venimos refiriéndonos, con ilustres varones, hijos de San Feliu de Guixols. Entre ellos dignos de ser recordados Fr. Bernardo Oliva, distinguido músico y organista notable que llegó a Prior mayor de Mont-

serrat; Fr. Antonio Jutge, abad que fué de dicha casa religiosa; Fr. Jaime Feliu y Oliva, etc., Y sobre todos ellos Fr. Antonio Vidal, elocuentísimo orador sagrado que desempeñó el honroso cargo de predicador de León y después de ostentar otros puestos muy elevados fué dos veces abad de nuestro monasterio. Así no es de extrañar que Fr. Antonio Vidal fuese en cierta ocasión designado por el General de la Orden para girar visita a los monasterios benedictinos de Cataluña. Y he aquí como, después de haber cumplido una de estas misiones en el de Montserrat, salía Fr. Antonio acompañado de otro guixolense, Fr. Juan Oliva, para su villa natal. Al llegar ambos a poca distancia del pueblo de Llinàs, salió a su encuentro una partida de gente armada que no hera sino una de las escuadras del célebre bandolero Perot Rocaguinarda. Habiéndose obligado a los monjes a descabalgar y a comparecer ante el capitán que ya se había adueñado de una venta próxima, díjoles éste que sólo deseaba le entregasen algún dinero pues que veíase forzado a cumplir las obligaciones precisas de su mal oficio, y que por lo demás nada habían de temer; que podrían descansar en aquella venta de las fatigas de tan largo viaje y que luego quedarían en libertad para proseguir su camino. Pasmáronse los monjes del proceder de Rocaguinarda ya que nunca pudieran esperar tal conducta de un salteador de caminos; por más que la fama de los hechos de la índole del que nos ocupa se hubiese ya extendido por toda la tierra. Y mucho mayor si cabe fué su sorpresa al ver que el bandido no dejó de atender a sus necesidades más apremiantes, pensando tal vez que, faltos de dinero, habría de serles difícil comer por el camino. Y por si todo ello fuera poco, llegado el momento de sentarse los religiosos a la mesa, descubrióse y les sirvió él mismo la comida como el más humilde criado.

Lo que queda expuesto fué en resumen lo que sucedió a los dos monjes guixolenses con el famoso bandolero Rocaguinarda cuya buena estrella empezó un día a eclipsarse. Tras un sin fin de circunstancias para su suerte adversas, siguiósele proceso de excomunión cuya sentencia se publicó desde el púlpito de la iglesia de San Feliu en 21 de Febrero de 1610. Un empleado del Municipio pregonó luego por las calles de la villa que el Virrey daría a quien capturase a Rocaguinarda y entregase su persona a la justicia la suma de mil ducados. Hasta que, perseguido y acorralado y habiendo muerto los principales de su cuadrilla, y después de haber sido ahorcados algunos de los caballeros que alguna vez le habían amparado, despertaron en su corazón las innatas inclinaciones. Prestó obediencia al obispo de Vich y, gracias a sus buenas relaciones, concedióle el Rey el indulto, limitándose a desterrarle por diez años. Veinticuatro años después era todavía militar en Nápoles donde sirvió a su patria con algunos de su antigua cuadrilla y obtuvo el grado de Capitán. Y así termina la historia de este personaje singular, lanzado a la delincuencia por las veleidades de la suerte. Su entereza y su elevación de ánimo, su carácter tierno, noble y caballeresco que asombrara a los benedictinos guixolenses, dieron campo a la sinceridad de su arrepentimiento.

J. Soler Cazeaux